

III

El día del baile me puse el esmoquin que HyeSun, la nueva criada, había alquilado para mí con la tarjeta de crédito de papá. Una de las ventajas de tener un padre que nunca está es que te compra cosas porque eso es más fácil que discutir. Los padres de Hoseok, por ejemplo, son de lo más tacaño... le dijeron que tenía que escoger entre una Xbox y una Wii. Están preocupados por "echarle a perder" o algo. Mi padre me las compró las dos. Después charlé con Hoseok por mi móvil mientras esperaba a que la limusina llegara. Comprobé el Sub-Zero en busca del ramillete que supuestamente HyeSun había recogido de la floristería. Seulgi me había dicho alrededor de quince o dieciséis veces que su vestido era "negro y muy sexy" y que no lo lamentaría si le conseguía un ramillete de orquídeas. Así que, por supuesto, había dicho a HyeSun que lo comprara.

—¿Alguna vez has pensado que los bailes de instituto son una forma de prostitución legalizada? —dije a Hoseok por teléfono. Se rio.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que he dejado caer quinientos wones o así por un esmoquin, una limusina, entradas y un ramillete, y a cambio consigo algo. ¿A qué te suena eso? —Hoseok rio.

—Clásico —Miré en el refrigerador en busca del ramillete —¿Dónde...?

—¿Qué pasa?

—Nada. Tengo que dejarte —Me sumergí en las profundidades del Sub-Zero, pero no había ningún ramillete de orquídeas. La única flor que había era una sola rosa blanca —¡HyeSun! —chillé —¿Dónde demonios está el ramillete de orquídeas que se suponía tenías que traer? ¿A qué viene la rosa? —Estaba bastante seguro de que las rosas eran más baratas que las orquídeas —¡HyeSun! —Ninguna respuesta. Finalmente la encontré en el cuarto de la colada, salpicando detergente en el cuello de una de las camisas de papá. Un trabajo bastante cómodo si me preguntas a mí. Papá trabajaba las 24 horas y no desordenaba el lugar. Yo estaba casi siempre en la escuela o me quedaba tan lejos de casa como era posible. Así que básicamente ella conseguía un salario y libre acceso a nuestro apartamento y todo lo que tenía que hacer era hacer la colada, pasar la aspiradora, ver telenovelas y rascarse el ombligo todo el día. Eso y llevar a cabo unos pocos recados simples, que obviamente ni siquiera podía hacer bien —¿Qué es esto? —dije, empujando la caja de plástico del ramillete bajo su nariz. En realidad no fue eso exactamente lo que dije. Añadí unas cuantas palabrotas que probablemente ella ni siquiera entendió. Retrocedió, alejándose de mi mano. Todas las gargantillas alrededor de su cuello produjeron un tintineo.

—Bonito, ¿verdad?

—¿Bonito? Es una rosa. Dije una orquídea. Or-quí-de-a. ¿Eres tan estúpida que no sabes lo que es una orquídea? —Ni siquiera reaccionó al "estúpida", lo que me demostró lo estúpida que era. Solo llevaba en el puesto unas semanas, pero era incluso más imbécil que la última ama de llaves, a la que habían echado por poner su camisa roja barata del Wal-Mart con

nuestra colada. HyeSun no dejó de doblar la colada, pero miró fijamente a la rosa, como si estuviera drogada o algo.

—Sé lo que es una orquídea, señor Jimin. Una flor orgullosa y vanidosa. ¿Pero no puede ver la belleza de esta rosa? —La miré. Era de un blanco puro y casi parecía estar creciendo ante mis ojos. Aparté la mirada. Cuando volví a mirar, todo lo que pude ver fue la cara de Seulgi cuando apareciera con el tipo equivocado de ramillete. No conseguiría amor de ella esta noche y todo por culpa de HyeSun. Estúpida rosa, estúpida HyeSun.

—Las rosas son baratas —dije.

—Una cosa hermosa es preciosa, sin importar el precio. Los que no saben ver las cosas preciosas de la vida nunca serán felices. Yo deseo que sea feliz, señor Jimin —Aja, y las mejores cosas de la vida son gratis, ¿no? ¿Pero qué esperabas de alguien que vive para lavar los calzoncillos de otros?

—Yo creo que es fea —dije. Ella bajó la ropa que estaba doblando y rápidamente me arrebató la rosa.

—Démela entonces.

—¿Estás loca? —arranqué de un golpe la caja en su mano. Esta rebotó en el suelo —Eso es probablemente lo que planeabas, ¿eh? Traer el ramillete equivocado para que no lo quisiera y te lo diera. No creo que la cosa vaya a resultar así —Ella miró la rosa tendida en el suelo.

—Le compadezco, señor Jimin.

—¿Me compadeces? —reí —¿Cómo puedes compadecerme? Eres una criada —No respondió, sino que extendió la mano hacia otra de las camisas de papá, como absorbida con la colada. Reí de nuevo —Deberías tenerme miedo. Deberías mearte en los pantalones. Si le cuento a papá que malgastaste así su dinero te despedirá. Probablemente haga que te deporten. Deberías tenerme miedo —Ella siguió doblando la ropa. Probablemente ni siquiera entendía suficiente inglés como para saber lo que le estaba diciendo. Me rendí. No quería coger el ramillete de la rosa porque eso sería admitir que iba a dárselo a Seulgi. ¿Pero qué elección tenía? Lo recogí de donde había caído en la esquina. La caja de plástico se había roto y el ramillete estaba en el suelo, un pétalo se había caído. Basura barata. Me metí el pétalo suelto en el bolsillo de los pantalones y puse el resto del ramillete otra vez en la caja lo mejor que pude. Empecé a salir. Fue entonces cuando HyeSun dijo... en perfecto inglés, por cierto:

—No tengo miedo de ti, Jimin. Tengo miedo por ti.

—Como tú digas.

Tenía planeado recoger a Seulgi en la limusina, darle el ramillete y luego cosechar los beneficios de toda esa anticipada planificación por lo menos montándomelo con ella en la limusina. Después de todo, mi padre había gastado bastante y se suponía que esta iba a ser la noche más importante de mi vida. Ser un príncipe debía servir para algo. No fue eso lo que pasó. Primero que todo a Seulgi prácticamente se le reventó una vena cuando vio el ramillete. O lo habría hecho si hubiera habido algún espacio para estallar dentro del ajustado vestido que llevaba.

—¿Qué eres, ciego? —exigió, sus ya tonificados músculos del brazo se tensaron todavía más al apretar los puños —Te dije que mi vestido era negro. Esto desentona totalmente.

—Es blanco.

—Blanco roto. Imbécil —Yo no veía como el blanco roto podía desentonar. Pero estar buena tenía sus privilegios.

—Mira —dije —La estúpida criada la fastidió. No es culpa mía.

—¿La criada? ¿Ni siquiera mostraste suficiente interés como para ir a comprarlo tú mismo?

—¿Quién compra las cosas por sí mismo? Te compraré flores en otra ocasión —Le tendí la caja con el ramillete —Es bonito.

—Bastante barato —Lo arrancó de un golpe de mi mano —No es lo que pedí —Contemplé la caja del ramillete en el suelo. Yo solo quería marcharme. Pero en ese momento la madre de Seulgi apareció con toda la última tecnología necesaria para tomar tanto fotos estáticas como en movimiento de Seulgi a mi izquierda, a mi derecha, ligeramente delante de mí. La cámara estaba grabando y la señora Kang, que estaba soltera y a la que probablemente no le importaría que le presentara a mi padre, cloqueaba:

—Aquí están los futuros príncipe y princesa —Así que hice lo que el hijo de Park JooWan haría. Pateé el ramillete barato a un lado y sonreí agradablemente a la cámara, diciendo lo correcto sobre lo guapa que parecía Seulgi, lo fabuloso que sería el baile, bla, bla, bla... Y después, por alguna razón, recogí el ramillete del suelo. Otro pétalo había caído y me lo metí en el bolsillo con el primero. Llevé la caja conmigo. El baile era en el Plaza. Cuando llegamos allí le di mis entradas al chico que las estaba comprobando. Él miró el ramillete.

—Bonita flor —dijo. Lo miré para ver si estaba bromeando. No lo estaba. Probablemente estuviera en mis clases, una especie de muchacho ratonil pecoso con cabello rojo abarrotado de gel. No parecía encajar en el Plaza. Debía ser un estudiante becado porque ellos hacían todo el trabajo duro como recoger las entradas. Obviamente no había invitado a nadie al baile y al parecer le gustaban las flores, flores como una rosa barata y rota. Eché un vistazo a Seulgi, que estaba celebrando un alegre reencuentro con cincuenta amigos íntimos a los que no había visto desde ayer ya que todas las chicas habían hecho novillos el día del baile para hacerse la pedicura y tratamientos spa. Seulgi se había pasado la mayor parte del trayecto quejándose por el ramillete... no era exactamente lo que yo había planeado... y todavía se negaba a llevarlo.

—Oye, ¿lo quieres? —dijo al chico.

—No tiene gracia —dijo él.

—¿Qué? —Intenté recordar si me había metido alguna vez con él. No. No era lo bastante feo para burlarme, solo un cero total, no valía mi tiempo.

—Te estás burlando de mí, fingiendo que vas a dármele para retirarla después.

—No estoy fingiendo. Puedes quedártela —Era algo raro que se preocupara siquiera por una estúpida rosa —No es del color adecuado para el vestido de mi novia o algo así, por eso no quiere llevarla. Va a marchitarse, así que bien puedes quedártela —Se la ofrecí.

—Bueno, si lo pones así... —Sonrió, cogiéndola. Intenté no reparar en sus dientes de conejo. ¿Por qué sencillamente no se ponía un aparato dental? —Gracias. Es preciosa.

—Eh, disfrútala —Me alejé con una especie de sonrisa. ¿Por qué había hecho eso? Desde luego no era mi estilo hacer favores a feos. Me pregunté si toda la gente pobre se entusiasmaba por pequeñas estupideces como esa. No podía recordar la última vez que yo me había entusiasmado con algo. De todas formas, esto tenía gracia, sabiendo que Seulgi a la larga dejaría de lloriquear y querría la rosa y yo podría decirle que ya no la tenía. Busqué a Jandi. Casi me había olvidado de ella, pero mi sincronización fue, como de costumbre, perfecta porque allí estaba ella, atravesando furtivamente la entrada principal. Llevaba puesto un vestido negro y morado que parecía un disfraz de Harry Potter. Va al Baile de Fin de Curso y estaba buscándome.

—Oye, ¿dónde está tu entrada? —le dijo uno de los esclavos recoge-entradas.

—Oh... no tengo... estaba buscando a alguien —Vi un ramalazo de compasión en la cara del recoge-entradas, como si supiera exactamente lo que estaba pasando, de perdedor a perdedora. Pero dijo:

—No puedo dejarte entrar sin entrada.

—Estoy esperando a mi cita —Otra mirada de lástima.

—Bien —dijo el voluntario —Pero apártate un poco.

—Bien —Fui hacia Seulgi. Señalé a donde Jandi estaba de pie como una perdedora.

—Comienza el espectáculo —Ahí fue cuando Jandi me divisó. Seulgi sabía qué hacer exactamente. A pesar de estar cabreada conmigo, era del tipo que nunca perdería la oportunidad de causar un daño emocional permanente a otra chica. Me agarró y plantó un gran beso en mis labios.

—Te amo, Jimin —Dulce. La besé de nuevo, sin repetir lo que ella había dicho. Cuando terminamos, Jandi nos estaba contemplando. Caminé hacia ella.

—¿Qué estás mirando, fea? —Esperaba que llorara entonces. Era divertido humillar a los freakys, y después humillarlos un poco más. Había estado ansiando esta noche desde hacía algún tiempo. Esto casi compensaba la cagada del ramillete. Pero en cambio ella dijo:

—Realmente lo hiciste.

—¿Qué hice? —dije.

—Mírala —Seulgi se rio tontamente —Tan arreglada con ese horrible vestido. La hace parecer incluso más gorda.

—Sí, ¿dónde has encontrado eso? —dije —¿En un montón de basura?

—Era de mi abuela —dijo Jandi.

—Por aquí la gente compra vestidos nuevos para un baile —Me reí.

—Así que realmente estás haciendo esto ¿no? —dijo —¿Realmente me invitaste al baile, aunque ya tenías otra cita, solo para hacerme quedar como una estúpida? —Me reí otra vez.

—¿De veras pensaste que alguien como yo llevaría a alguien como tú al baile?

—No, en realidad no. Pero esperaba que no me pusieras tan fácil el tomar mi decisión, Jimin.

—¿Qué decisión? —Detrás de mí, Seulgi se reía socarronamente, gritando: “¡Perdedora!”. Pronto otra gente comenzó también, hasta que finalmente toda la habitación zumbaba con la palabra, haciendo que apenas pudiera pensar como Dios manda. Miré a la chica, Jandi. No estaba llorando. No parecía avergonzada tampoco. Tenía esa mirada intensa en sus ojos, como esa chica en aquella vieja película de Stephen King que vi una vez, Carrie, donde la chica desarrollaba poderes telequinéticos y se cargaba a sus enemigos. Y casi esperaba que Jandi comenzara a hacer eso... matar a gente solo mirándolos. Pero en cambio dijo en una voz que solo yo pude oír:

—Ya verás —Y se marchó.